

Borges y Buda

José Joaquín Blanco

Pocos hombres tan fértiles y generosos en su vejez como Jorge Luis Borges; en la última década ha dado tranquilamente a la imprenta una docena de libros geniales. La imbecilidad de nuestros medios culturales lo ha establecido como un autor hermético, pero difícilmente se encontrará otro escritor que con mayor variedad y eficacia se haya dedicado a la divulgación amena e inteligentísima de una gran cantidad de temas, a la conversación y a la difusión del buen humor.

Maniqueísmos, fanatismos partidarios o estrechez mental lo han querido encerrar en el villano papel del "reaccionario", sin considerar que sí, en su momento, tuvo la valentía de oponerse al poder, no utilizó luego la amistad de los dictadores para perseguir ni imponer nada, cosa que escasamente puede decirse de todos los intelectuales combatientes cuando hay gobiernos que los quieren de aliados. Las declaraciones "reaccionarias" de Borges, por otra parte, se han expresado siempre en insultos, en absurdos, en paradojas o en hipérbolos, mucho más pensadas para divertirse de los intelectuales de partidos opuestos, que a calar en las masas e imponer proselitismos.

Así, al repasar el segundo volumen de sus *Obras completas (en colaboración)*, que ya se está vendiendo en librerías mexicanas, no sólo confirmamos la feliz presencia del mayor escritor que haya jamás tenido América Latina, y el mayor genio literario que haya producido la lengua española desde Quevedo, sino algo más entrañable: un autor sabio y generoso, que no desdeña la conversación divertida ni la más amena y democrática pedagogía.

El tomo está lejos de ser completo y perfecto; el editor equivoca las fechas, y no advierte que títulos como *Antiguas literaturas germánicas* y *Manual de zoología fantástica* se publicaron en México con otros prólogos años antes de aparecer, en Argentina, con los menos inspirados títulos de *Literaturas germánicas medievales* o *El libro de los seres imaginarios*.

No se incluyen, extrañamente. *El libro del cielo y del infierno* ni su historia de la literatura estadounidense (en la que heterodoxamente ensalza el género policiaco, que los propios estadounidenses desprecian). Pero, en fin, títulos raros como su preciosa biografía literaria de Leopoldo Lugones, o su estudio llano y minucioso del *Martin Fierro*, pueden estar ya en manos de quien los quiera; junto con su historia introductoria de la literatura inglesa (en la que nos urge a conocer y a querer a Chesterton) y todos los demás libros que, ya por amistad, ya por las necesidades de la ceguera, escribió en colaboración con otros autores. "Este segundo tomo me complace más que el primero. En ambos estoy yo, pero en el anterior está el trabajo solitario y en éste la alegría de la amistad y de los hallazgos compartidos". Esta alegría creó a H. Bustos Domecq y su crítica de la pedantería de la cultura y los "cultos" argentinos, productos del auge intelectualista del Buenos Aires de, por lo menos, la primera mitad de este siglo; pedantería de la que no están exentos los intelectuales argentinos de hoy, ni siquiera los exiliados.

En este tomo viene un librito: *¿Qué es el budismo?*, escrito en colaboración con Alicia Jurado y publicado en 1976. Borges tiene la prodigiosa facilidad de exponer llana y amablemente, sin simplificarlos, los problemas y temas más imbricados, y de encontrar enseñanzas ejemplares y difíciles (como las que encontró en la ceguera, según una conferencia publicada hace tiempo en el suplemento cultural de *Siempre!*). En vez de abaratar su exposición con una síntesis, prefiero transcribir algunos fragmentos que, si bien explican pe-

dagógica y amistosamente el tema estudiado, nos refieren directamente al propio Borges y a muchas de sus concepciones y encarnaciones, como la sabiduría del inconmensurable Isidro Parodi:

"El karma es la obra que incesantemente estamos urdiendo; todos los actos, todas las palabras, todos los pensamientos —quizá todos los sueños— producen, cuando el hombre muere, otro cuerpo (de dios, de hombre, de animal, de ángel, de demonio, de réprobo) y otro destino. Si el hombre muere con anhelo de vida en su corazón, vuelve a encarnar; es como si, al morir, plantara una semilla.

"Radhakrishnan ha definido el karma como la ley de la conservación de la energía moral. También podemos considerarlo una interpretación ética de la ley de la causalidad; en cada ciclo del universo, las cosas son obra de los actos humanos, que crean montañas, ríos, llanuras, ciénegas, bosques. Si los árboles dan fruto o si el trigo crece en los campos, los impulsa el mérito de los hombres. Según esta doctrina, la geografía es una proyección de la ética.

"El karma obra de un modo impersonal. No hay una divinidad de tipo jurídico que distribuya castigos y recompensas; cada acto lleva en sí el germen de una recompensa o de un castigo que pueden no ocurrir inmediatamente, pero que son fatales. Christmas Humphreys escribe: 'Al pecador no lo castigan por sus pecados; éstos lo castigan. Por consiguiente no existe el perdón y nadie puede otorgarlo'. Por el mero hecho de ser un sustantivo, la palabra karma sugiere una entidad autónoma; con-

viene recordar que sólo es una propiedad de los actos, que —según la índole de éstos— inevitablemente producen consecuencias adversas o felices (...)"

La exposición de Borges es prácticamente mágica. En cuestión de pocas páginas muestra cómo una iluminación particular en una circunstancia histórica específica, se ve transformada por necesidades sociales que al paso del tiempo la obligan a cumplir los más diversos intereses y funciones; así, harto diferente, va produciendo sectas, e incluso, en una narración rápida, reporteril y divertida, toda una opresora iglesia tibetana, con sus tanguis religiosos y su mercadería de supersticiones.

Para explicar conceptos, Borges inventa o recuerda cuentos, a veces no mayores de tres líneas. Por ejemplo, sobre la polémica filosófica entre si el "yo" existe o no como individuo, si uno hoy es el mismo de ayer y el de mañana: "La hipótesis de la permanencia del individuo ha sugerido comentarios irónicos. Se cuenta que un brahmán expuso la doctrina a un soldado de Alejandro de Macedonia; el soldado lo dejó hablar y luego lo derribó de un puñetazo. Ante las protestas del brahmán, el converso le dijo: 'Ni fui yo quien golpeó ni eres tú el golpeado'. De la fugacidad del hombre de Heráclito se burló el pitagórico Epicarmo en una comedia. Un deudor moroso declara que ya no es el contrayente de la deuda; el acreedor acepta la excusa y lo invita a cenar. Cuando el deudor llega al banquete, los exclavos lo expulsan, pues el acreedor ya no es la persona que hizo la invitación".

Cuánto tiempo y confusiones nos ahorráramos si los profesores de filosofía, literatura o historia de las religiones tuvieran la sabia concreción de Borges. Todo el sincretismo lo explica con una brevísima referencia: "Bernard Shaw ha escrito que la conversión de un negro del Congo a la fe de Cristo es la conversión de la fe de Cristo en un negro del Congo".